

01/10/2014



TESTIMONIOS -“No hay mejores evangelizadores que los pobres”. Así se resume la experiencia de fr. Marius-Petrus Bilha, ex formador en el Seraphicum, que de marzo a agosto vivió una profunda e intensa experiencia de “formación” en nuestra misión de Tegucigalpa.

“He prestado mi servicio pastoral en Tegucigalpa, en la parroquia de San Maximiliano Kolbe, en la periferia de la capital, una zona pobre y altamente peligrosa. Hay otras 16 “capillas” en las que los hermanos celebran la Palabra o la Eucaristía semanal o mensualmente.

La experiencia ha sido para mí como una carta que Dios me ha escrito a través de las personas, los acontecimientos, los encuentros. De mi corazón surgen cuatro frases para concretar la esencia de una vivencia profunda y concreta:

Afecto sincero y gratuito. Me he sentido querido y acogido, con ánimo abierto y confiado.

La alegría de vivir y cantar la fe. No se puede dejar de notar el contraste entre la alegría y el gozo de las personas y una sociedad malcarada en la que la violencia, la corrupción, la pobreza son parte de la crónica diaria. A menudo me he preguntado de dónde viene tanto gozo, tanto deseo de bien y esa mirada al futuro cargada de esperanza. Y creo que no puede venir sino de un corazón enamorado de Dios, que confía en él y que en él pone su esperanza.

Sencillez, como respiro refrescante. Una sencillez con raíz en la sabiduría de los pequeños, que hace descubrir el verdadero sentido de la vida, su buen sabor. Cómo olvidar al pequeño Dennis que, tras la celebración eucarística, viene a abrazarme y me dice con los ojos llenos de luz: "Que Dios te bendiga". O el gesto tan tierno de Zohany, la niña que me hizo el más bonito regalo: un lempira (20 lempiras hacen un dólar) fruto de sus ahorros. Sí, la sencillez es fruto de la sabiduría.

Generosidad, expresión de un corazón grande, sencillo, sensible, acogedor, una auténtica lección de vida. Recuerdo con emoción el encuentro con la Sra. Lysia, una anciana pobre, viuda desde hacía poco. Los frailes fuimos a su casa y no nos dejó marchar sin darnos la cena, compartiendo con alegría su pobreza, enseñándonos el abandono a la Providencia, fuente de la auténtica felicidad.

Lo que he recibido es más que lo que he conseguido dar, y es verdad que no hay mejores evangelizadores que los pobres. Como hermano y amigo he tratado de dar lo mejor de mí mismo, encomendándome a Dios, arriesgándome y confiando en la fuerza de su palabra que ha escandido los pasos de mi evangelización. Vuelvo de Honduras evangelizado por los pobres, fortificado por haber vivido el don de mí mismo con amor, gozo, sencillez, humildad, generosidad. Mil gracias a los amigos hondureños, a quienes tanto quiero y que llevo en el corazón y en mis oraciones.

Fr. Marius-Petru Bîlha

Fuente: OFM Conv, 30/09/2014